

INFORME POLÍTICO AL XXXIV CONGRESO DEL STUNAM

Agustín Rodríguez Fuentes, Secretario General

Hemos visto profundizados el malestar y el escepticismo en el país, ya de por sí generalizados frente al largo y decepcionante desempeño económico. El carácter monstruoso de los hechos de Tlatlaya e Iguala, y luego el espectáculo burdo de la corrupción en el primer círculo del Presidente, junto a la ineficacia institucional y política demostrada, terminaron por desmantelar la confianza en el gobierno y, en el orden mundial, se ubicó al Presidente y su gobierno en el centro de la crítica internacional.

Más el deterioro no pararía ahí. Ciertamente es que a nivel mundial el capital político logrado con las llamadas reformas estructurales le ha ayudado a mantenerse más o menos a flote. Pero la caída de los precios del petróleo, los recortes presupuestales, la baja en las expectativas del crecimiento en el 2015 y, para rematar, la fuga del Chapo del penal del Altiplano, han colocado al gobierno en una posición lamentable.

No dejó de llamar la atención que a nadie conmovieron las elecciones pasadas, caracterizadas por la mediocridad de las propuestas, reducidas a spots comerciales. Y, aunque hubo algunos avances democráticos, como un relativo voto de castigo y también algunos triunfos notables de los candidatos independientes, desde el punto de vista de la situación general del país, las fuerzas políticas oficialistas fueron capaces de alcanzar la mayoría, que se percibe hueca e ilusoria respecto de lo que está pasando en el ánimo ciudadano.

Así, es posible afirmar que este año que abarca el presente Informe es quizá el año más oscuro en cuanto a costos humanos y materiales. El número de muertos en el combate al narcotráfico mantiene los mismos niveles o más que en el sexenio anterior. Y el resentimiento ha seguido aumentando y, seguramente se seguirá acumulando el rencor social mientras no se articule una respuesta política del alcance y del tamaño de los propios hechos trágicos, vergonzosos, ridículos y lamentables, capaz de estar a la altura de una sociedad dolida y desconfiada que a través de la protesta exige cambios en la vida nacional.

Porque aparte de los acontecimientos centrales del año, hoy sabemos que han aumentado también las desigualdades, la pobreza y la miseria en el país. Y que el conjunto de la población, con excepción de los más ricos, ha visto disminuidos sus ingresos y su poder de compra. Y, por si fuera poco, también en estos meses han sido denunciadas las terribles condiciones de trabajo de millones de jornaleros en Baja California Sur, Colima y otras partes del país, sometidos a trabajos humillantes, prácticamente de esclavitud, en condiciones miserables de vida tan degradantes como las del porfiriato y que nos recuerdan que vivimos una situación de abandono dramático y vergonzoso del gobierno e, infortunadamente, de buena parte de la sociedad.

Nuestro Congreso exige las medidas de gobierno para erradicar esa situación y la aplicación de políticas que corrijan tales condiciones de vida degradantes de muy buena parte de nuestra población indígena y campesina, y también la aplicación de las medidas

penales que merecen los patrones abusadores, que explotan criminalmente la mano de obra campesina y que no perciben que están abriendo los cauces a la justa rebelión.

Ninguna salida importante se puede concebir sin la movilización de la sociedad civil que ha demostrado su rechazo al orden establecido ya que éste sólo garantiza las reformas para fortalecer el pacto de dominación, incapaz de recuperar las tareas elementales y los fines del Estado, fundamentales para verdaderamente reconstruir la convivencia, la justicia y la paz.

Es preciso reivindicar la necesidad de una reforma de fondo, capaz de reencauzar la vida social por el cauce de una democracia en peligro. Efectivamente, los avances democráticos alcanzados en décadas anteriores, se han visto sumamente deteriorados ante la desigualdad que divide entre sí a la ciudadanía. Por ello no nos hemos cansado de plantear que, sin un cambio de rumbo, el futuro del país —que ya nos alcanzó—, se nos presenta lleno de riesgos, inseguro para todos, decadente y amenazador. Por eso también decimos ahora que el cambio de rumbo sólo será factible a partir de la Reforma Social del Estado, esa sí, una verdadera reforma estructural.

Es muy preocupante que, después de todos estos acontecimientos, el gobierno no haya sido capaz de articular un discurso que responda a la magnitud de la crisis, ni un esfuerzo por ofrecer una explicación de conjunto.

La restauración pactada ha dado como resultado el peor de los regímenes políticos jamás pensado por nadie. Con todos los defectos del presidencialismo decadente y las incapacidades de la democracia improductiva, México deambula en el mundo con una mano adelante y otra atrás, sin que por ello le alcance para esconder sus vergüenzas. Los partidos políticos que participan de ese régimen se disputan el poder sin que alguno de ellos proponga nada trascendente, pues todos son beneficiarios de la mediocridad política existente. Desde ahora la partidocracia se prepara para ofrecer, en 2018, lo mismo de siempre: candidatos que, de ganar en sus partidos, ofrecerán proyectos demagógicos que jamás podrán cumplir.

Ha llegado el momento de intentar algo nuevo. Aprovechemos las condiciones democráticas del régimen decadente para impulsar, desde abajo, lo que México necesita: la participación decidida de la sociedad.

Hasta ahora la transición democrática pactada y votada, y luego la restauración, también pactada, se han hecho a través de los partidos y el gobierno. El resultado lo tenemos a la vista: un Estado fallido, tanto para ejercer sus tareas elementales en el territorio de la nación, cuanto para ofrecer un proyecto de vida atractivo a la población. Por ello, lo que más ha crecido en México ha sido la pobreza, la desigualdad, la inseguridad, la injusticia, la violencia, la corrupción y la impunidad.

Frente a este panorama no podemos quedarnos en la denuncia o la indignación. Y tampoco podemos limitarnos a apoyar a unos u a otros en su disputa mediocre por el poder político. Lo que hace falta es recuperar la capacidad histórica de participación del pueblo mexicano. Una verdadera insurgencia contra el poder, como en nuestra independencia, y un protagonismo social como sucedió en la revolución del 10-17. Pero, a diferencia de

entonces, hoy es factible señalar el rumbo y los medios para empoderar cívicamente al pueblo y organizar la participación de la sociedad en el Estado. En las condiciones de hoy lo que se requiere es una profunda Reforma Social que sea producto de esas cualidades de insurgencia que el pueblo mexicano necesita recuperar para protagonizar el cambio por el que nos pronunciamos todos.

Como lo hemos planteado a lo largo de varios años, la creación del Consejo debe reconocer la importancia de las organizaciones de la sociedad civil como actores centrales del proceso de toma de decisiones públicas y debe constituirse en espacio de primera importancia para participar en la construcción de acuerdos, planes, programas y políticas públicas relativas al desarrollo nacional. De igual forma requerirá de la participación directa de los grupos de expertos altamente calificados y de reconocido prestigio profesional en su campo de conocimiento.

Debemos trabajar con nuevas perspectivas en los órdenes nacional y mundial. Necesitamos plantear el desarrollo económico y social con una visión más amplia, como desarrollo humano y sustentable, lo que implica un mayor esfuerzo de entrelazamiento de México con el resto del mundo.

En resumen, creo que ya no basta con reeditar a los Consejos Económicos y Sociales impulsados por la ONU a mediados del Siglo XX, sino que debemos pensar en la necesaria actualización de su figura y su misión conforme al contexto de México en el mundo de hoy y por venir.

La crisis política y social y la vulnerabilidad que ha presentado la economía mexicana aunada a una perniciosa debilidad institucional del Estado Mexicano y sus instituciones, entre éstas: los poderes legislativos, el judicial y los ejecutivos estatales y locales que han perdido credibilidad, nos estimula a plantear la Reforma Social como propuesta general, para ir con esta iniciativa a todos los sectores sociales, al mismo tiempo que consolidamos una fuerza social y política propia de los trabajadores y campesinos con el fortalecimiento de la UNT y el Frente Amplio Social Unitario.